

Historia de la pintura chilena, de ANTONIO R. ROMERA
Zig-Zaz, 1960

Aun cuando esta obra es segunda edición, bien podría considerarse, como dice su autor, inédita por lo notablemente corregida y aumentada la primera, que en su oportunidad obtuvo el Premio Atenea Extraordinario.

La personalidad de Antonio R. Romera es sobradamente estimada en los medios intelectuales y artísticos, por la agudeza y profundidad de sus críticas de arte. Redactor de "El Mercurio" de Santiago de Chile y de "Atenea", exhibe una información poco frecuente en los asuntos que atañen a su especialidad. La amplitud de su cultura y su constante preocupación por todo lo referente a las artes y las letras, lo acreditan como juez imparcial, cuyos dictámenes se fundamentan en el estudio y la sensibilidad.

La labor del crítico, de la rama del arte que sea —literatura, música, pintura—, es complicada. Sabido es que no existe una medida precisa, rigurosa, para la estimación de las creaciones artísticas. Por mucho que se pretenda en la actualidad encontrar una técnica para establecer juicios objetivos, siempre entra en juego la cultura e intuición del crítico. Comprendemos, por ello, las dificultades que ha debido soslayar Antonio R. Romera para escribir esta *Historia de la pintura chilena*. La misma brevedad temporal de nuestra pintura y el hecho de que ella sea en gran parte reflejo de modas foráneas, son ya inconvenientes para concluir juicios definitivos, de valor universal.

"Las artes figurativas nacionales son plurales y diversificadas" escribe Romera. De ahí que no es fácil reconocer corrientes bien canalizadas y figuras cumbres que demarquen períodos. No es el caso de la literatura en la cual hay, indiscutiblemente, un par de nombres de relieve universal, habiéndose logrado, en muchos aspectos, dar con una expresión propia de nuestra idiosincrasia. Antonio R. Romera ha realizado su trabajo con gran honradez, información de primera mano, liberado de toda interferencia pasional que altere la justicia de sus apreciaciones. Tampoco divaga, ni se vale de expresiones vacilantes y difusas para esquivar la catalogación jerárquica correspondiente. Además de su condición de crítico de arte. Romera es un escritor. De ahí su dominio de la escala valorativa de cada pintor, a través de una adjetivación variada que le permite toda suerte de matices para su calificación.

Antonio R. Romera va más allá del impresionismo. La sensibilidad y el impacto emocional son, como para todo verdadero crítico, el basamento en que descansa su opinión; pero tratándose de una aproximación al pasado, como implica toda historia, Romera se traslada a la época en que vivió el artista, determina las corrientes de arte que han circulado en los centros pictóricos europeos que fatalmente han influido en nuestros pintores, se documenta sobre el desarrollo, cultura y educación del País, e incluso de las circunstancias sociales que puedan refluir en las modali-

dades artísticas. Tal aspecto de su enfoque se advierte nítidamente en el capítulo primero, titulado *Los precursores y seguidores*. Podría sostenerse que Romera, en su exposición histórica de la pintura chilena, no se desentiende de la evolución política y social de la República; no aísla al artista como si se tratara de un ser desvinculado de la atmósfera física y social dentro de la cual discurre su existencia. En sus juicios, se sirve Romera de todos aquellos elementos indispensables para dar de la obra una medida histórica y artística, como quien dice lo que significó en el tiempo de componerse y lo que de ella ha sobrevivido por sus calidades intrínsecas. Temática, clima, técnica, color, espíritu generacional; o sea, alma y cuerpo del cuadro caen bajo su pupila escrutadora para explicar y justificar la reacción de la sensibilidad del gozador.

Leamos algunas líneas sobre Roberto Matta, el pintor chileno contemporáneo de mayor prestigio internacional. Escribe Romera: "Roberto Matta (1912) no puede calificarse de abstracto puro. Es, acaso, un superrealista no-figurativo, por lo menos en su período temprano. Revelan las obras de esta época una fantasía desbordante, un juicio cromático que se transforma en estallidos y chispazos, con líneas y formas que parecen inspiradas en ciertas estampas de las experiencias atómicas. En otras obras las formas humanas quedan como insinuadas, como en una germinación frustrada. Una segunda tendencia se proyecta más hacia lo abstracto o a seres larvados o sonambúlicos. En la serie de robots del período final Roberto Matta parece buscar un acento polémico, beligerante, *engagé*, y asistimos al malogramiento de un intento que no ha encontrado la forma debida. La misma admirable perfección de su técnica, tan minuciosa y depurada, se diluye en una realización apresurada, con un colorido gris ceniza de escasa limpieza. Luce Hocin en *L'oeil*, N° 35, escribe que Matta pinta al hombre, 'no al hombre abstracto, sino al hombre y al mundo representando alternativamente el papel del continente y de contenido. Pone en evidencia la fuente de las emociones, más que sus efectos o sus estragos en los seres humanos'" (pág. 151).

Por las palabras anteriores comprobamos nuestro aserto de que Antonio R. Romera es un conocedor cabal de las materias que enfoca, las que valoriza desde los más opuestos ángulos para dar de ellas una estimativa lo más exacta posible, y la expresa en una prosa animada, de giros variados, lo cual facilita la lectura de esta historia, como un buen camino para llegar a la meta deseada.

"La tarea que nos proponemos —escribe Romera en el párrafo final de la Introducción— no está exenta de dificultades. No esperamos que el resultado nos satisfaga. En todo caso queda como un primer intento que podrá servir a obras posteriores".

A pesar de no ser especialistas en estas cosas de pintura, creemos que el intento ha sido logrado plenamente y que el autor ha cumplido con la finalidad propuesta. Los simples contempladores de cuadros, quedamos satisfechos y profundamente agradecidos del trabajo de Antonio R. Romera, pues él nos introduce en la pintura chilena, en lo que ha sido y es.

Podemos gozarla, ahora, con la ayuda de este guía informado y culto; y saber que en el arte pictórico también hemos dado buena manifestación del mundo espiritual chileno.

Acaso no faltarán los pintores insatisfechos, unos por no figurar en esta Historia y otros por considerar poco elogioso lo que de ellos se dice. La misión del crítico es siempre ingrata; felizmente él está a cubierto de estas reacciones temperamentales.

Debemos, finalmente, subrayar la calidad de la impresión de esta *Historia de la pintura chilena*. Magníficas las 33 láminas a todo color y muy buenas las 9 ilustraciones en blanco y negro. Acaso debió usarse para éstas un papel que evitara la transparencia. Es una edición que honra a la industria editorial chilena.

M. R.

OBRAS COMPLETAS DE FEDERICO GANA

Prevenido contra "esa horrible cosa que en nuestros trigos llamamos obras completas", al decir de Gabriela, aunque, por otra parte, asegurado por esa marca de garantía que es Alfonso M. Escudero, releí a Federico Gana en la reciente edición de *Nascimento*. Están allí *Días de campo*, *Otros cuentos*, *Manchas de color*, *Siluetas de artistas*, *Entrevistas y Recuerdos*, más una introducción del padre Escudero y un postfacio de Alone.

Elementos decisivos en la obra de Gana son la calidad humana de sus héroes, el tono sin aspavientos, el paisaje y lo autobiográfico. El paisaje es importante en nuestro autor. No presenta ni su fotografía ni su repudio, sino que está en el lugar preciso, sin intromisiones enojosas ni olvidos lamentables. Sencillamente, sirve de complementación al ser humano, impostergable héroe que no se resigna a lugares secundarios, ahogado por densas marañas zoológicas y vegetales.

Por lo demás, existe una sabia graduación en su aprovechamiento: convive con el protagonista, sintiendo con él:

"Todo lo que me rodea, parece nuevo, brillante, claro: los campos, las casas, los montes distantes, hasta la blanca torrecilla del cementerio lugareño, que contemplo en lontananza, a través de los álamos negruzcos. Yo me siento también ágil, ligero y alegre, con el corazón henchido de no sé qué vaga, indefinible esperanza" ("Paulita", página 89).

Pero, otras veces, desaparece cuando el interés humano es superior, mostrando la legítima subordinación que Gana reconoce y practica. "La Maiga", uno de sus relatos mercedamente clásico, tiene adecuada estructura para ejemplarizar. El "se sentía poseído de una incomprensible hipochondría", que desea alejar con una conversación con "mi buen amigo el párroco de la vecina aldea de Y." Cabalgando a través del campo, el paisaje es quien distrae a nuestro aburrido caballero. Sin embargo, paulatinamente va desapareciendo al enfrentar un modesto entierro campesino. Entonces sólo existe lo humano.